

ciado, alabado y ensalzado por los que habeis salvado y redimido; y no, no podeis negarnos vuestra consolacion. Sois un Dios clemente y de mucha piedad para perdonar los pecados, y jamas habeis apartado vuestro rostro de los que os han invocado contritos y humillados. ¿Con cuánta mas razon escuchareis benigno nuestras súplicas dirigiéndolas por nuestra esclarezca patrona santa Librada? Mirad á esa cruz, y haced que sea para nosotros un manantial de dones celestiales, la fuente perenne de las gracias y virtudes que deben adornar nuestras almas, la llave que nos abra las puertas del cielo para ser eternamente felices con vuestra gloria. Amen.

## DISCURSO

PARA EL DIA

### DE SAN LORENZO LEVITA Y MÁRTIR.

(DE TRONCOSO.)

*Æstimati sumus sicut oves occisionis, sed in his omnibus speramus propter eum qui dilexit nos.*

Nos miran como á ovejas destinadas á la muerte; pero en todas estas persecuciones quedamos victoriosos por medio de aquel Señor que nos ha amado.

*S. Pablo á los romanos, c. 8. v. 36 y 37.*

Tal era, católicos, el estado de la iglesia y la suerte de los primeros fieles. Si los discípulos de Jesucristo hubieran lisonjeado las humanas pasiones, su ministerio hubiera sido pacífico, porque su doctrina no las incomodaria. El mundo llama prudente al que justifica sus desórdenes. Para agradarle, hácese preciso conformarse con sus ideas. Por eso, como los cristianos se declaraban enemigos del error y del vicio, como el mundo se veía condenado en sus máximas y confundido con su ejemplo, no podían seguir en la publicacion del Evangelio sin exponerse á sus persecuciones. Su misma inocencia los hacia odiosos á los pueblos y sospechosos á los príncipes; su solo nombre era un título suficiente para que fuesen condenados: *Æstimati sumus sicut oves occisionis.*

¡Qué estado este tan triste en la apariencia, pues vemos en él la verdad desterrada y la inocencia oprimida! Pero estas apariencias eran muy engañosas: pues en medio de tantos horrores y tribulaciones, se levanta el triunfo de la cruz. ¡Qué espectáculo se ofrece aquí á mi vista! Parece ver un número infinito de atletas generosos á quienes la gracia de Jesucristo hace

triunfar de la corrupcion de los pueblos, de la falsa sabiduría de los filósofos y de la prudencia cruel de los tiranos. Veo á estos nuevos israelitas multiplicarse á despecho de la opresion de los envidiosos egipcios. Veo la sangre de los mártires convertida en preciosa semilla de cristianos, y establecerse la iglesia por los mismos medios que parece debieran arruinarla. Veo destruída la humana política, confundida la impiedad, y al mundo vencido y santificado á un mismo tiempo; y en vez de asombrarme el exceso de la malicia humana, animada por el demonio para desconcertar la fidelidad de los mártires, no puedo ménos de asombrarme de una constancia que Dios sostiene para confundir la misma malicia de los hombres: *Sed in his omnibus superamus propter eum qui dilexit nos.*

Todos los mártires en general dieron testimonio de la santidad y verdad de la religion cristiana: de su santidad, con la pureza de sus costumbres, la que les hacia objeto del odio de los hombres; y de su verdad, con el rigor de sus trabajos que eran la materia de sus triunfos. Víctimas y defensores de la fe y testigos de Dios en la tierra, manifestaban con sus severas máximas la santidad de Jesucristo, y con la felicidad de sus combates, su irresistible omnipotencia.

Pero entre todos los héroes que pelearon contra el furor del paganismo, me atrevo á decir que no hubo testimonio mas famoso que el que en la antigua Roma diera el incomparable diácono Lorenzo, cuyo triunfo celebramos en este dia. En aquella soberbia ciudad, enemiga un dia de los profetas y bañada con la sangre de los mártires, manifestó en su persona nuestro santo levita toda la perfeccion del cristianismo y la fuerza de la verdad. Irreprensible en sus costumbres, fiel en el sagrado ministerio, desprendido de todos los bienes de la tierra, compasivo con los pobres, amante de sus prójimos, y despreciador de sí mismo, era un modelo de todos los cristianos, y enemigo declarado de los infieles. Bien así como una oveja destinada á la muerte, y como víctima escogida para el sacrificio, hállase animado del deseo del martirio; y santamente valeroso, tranquilo en medio de los mas crueles tormentos, adquiere con el extraordinario género de suplicio que padece y con los frutos de su muerte, la gloria de haber sido uno de los mas ilustres vencedores de la impiedad. Nuestro glorioso santo representó toda la santidad de la religion cristiana con el ejemplo de sus

virtudes que le expusieron á la persecucion, y sirvió de prueba á la religion con la firmeza de su fe, quedando victorioso de sus perseguidores. Estas dos proposiciones serán el asunto de mi discurso.

Ayudadme á pedir al divino Espíritu las luces necesarias para proponeros los ejemplos de Lorenzo de un modo que sirva de edificacion á vuestra piedad y aliente vuestra fe. Para lograr esta gracia pongamos por intercesora á la Reina de los mártires, saludándola con el ángel: *Ave María.*

#### PRIMERA REFLEXION.

El principal designio de la religion cristiana es conducir al hombre á lo sumo de la santidad. He aquí lo que la distingue de las demas religiones que eran ó impuras como la de los paganos, ó imperfectas como la de los judíos. Aquellos como no tenian mas guia que una razon ciega, casi todos estaban sepultados en unos vicios bárbaros, y solo tenian algunas falsas virtudes; estos, aunque tenian por regla una ley santa, regularmente no se proponian mas que una virtud comun. El cristianismo empero es tan puro, que no solamente aparta de sí el mal, sino tambien la mas leve sombra de culpa, y guia al hombre á la práctica del bien mas excelente.

Para mejor conocer esta verdad se hace preciso advertir que, segun el Apóstol, todos llevamos dentro de nosotros mismos tres infelices principios de donde nacen todos nuestros delitos, y son la sensualidad, la codicia y la soberbia. A estos tres vicios opone nuestra santa religion tres virtudes que son como origen de todas las demas. A la sensualidad opone la pureza que mortifica nuestros sentidos: á la codicia la caridad que arregla nuestros afectos: á la soberbia la humildad que nos abate. En estas tres virtudes estriba, por decirlo así, toda la santidad del cristianismo.

Ellas fueron el distintivo del santo levita Lorenzo. Su corazon estuvo siempre consagrado á su Dios, y absolutamente desprendido de las criaturas; su sabiduría recibia de dia en dia nuevos acrecentamientos; renunció todas las esperanzas que le lisonjeaban en el mundo; despreció los vanos y peligrosos atractivos de la juventud; y en la inocencia de su tierna edad manifestó que la gracia le habia elevado sobre todos los afectos

del siglo. Fiel como Abrahan á la voz del cielo que le mandaba salir de España su patria, para ir á Roma, en donde Dios disponia que sirviese de espectáculo á todo el universo, tuvo el mismo valor que aquel santo patriarca para desprenderse del justo amor que tenia á sus parientes, y para privarse del que estos le profesaban; para desasirse de los brazos de un padre y de una madre que le miraban como objeto de toda su complacencia, porque era perfecto imitador de sus virtudes, y que léjos de perjudicarle con su autoridad, podian serle muy útiles con su ejemplo, porque su casa era un santuario en donde se adoraba y servia á Dios en espíritu y verdad.

Oh glorioso santo! ¿por qué abandonais unos padres tan dignos de ser amados? Mas ah! católicos, es verdad que los padres de Lorenzo eran santos; pero eran hombres, y todos debemos abandonar á los hombres por seguir á Dios. He aquí una separacion dolorosa, pero necesaria; extraordinaria, pero perfecta; y tanto, que no me es posible hallar voces para ensalzar la fidelidad de nuestro santo y la conformidad de sus padres; pues no creo puedan darse circunstancias mas críticas que aquellas en que es necesario desconfiar de las inclinaciones que inspira la naturaleza, sobre todo cuando están unidas con la piedad y la virtud.

No hay empero prueba mas auténtica de la pureza de costumbres de nuestro héroe y del cuidado que ponía en conservarlas, que la avidez que Roma manifestó de incorporarle en el clero mas ilustre del mundo. No ignorais la pureza que antiguamente exigia la iglesia en sus sagrados ministros. No abria las puertas del santuario sino á los que por su inocencia se hallaban adornados con la vestidura blanca del bautismo. La misma penitencia incluía en sí cierta especie de irregularidad, porque suponía haber existido el pecado; y era la razon, porque como casi todos los que participaban de la gracia del cristianismo eran santos, hacíaase preciso que los que habian de tener parte en el sacerdocio real de Jesucristo, fuesen perfectos y estuviesen libres de toda mancha, para que fuesen conocidos tanto por sus virtudes como por su carácter. Por eso, dice san Ambrosio, quiso Dios desde el principio que sus ministros compusiesen un cuerpo separado; dándoles á entender que no debian sufrir en sus personas cosa alguna que los confundiese con el vulgo; que un método de vida que en nada se aventaja-

para á la de los demas fieles, profanaria en algun modo su persona; que así como los vasos del santuario están separados de los que sirven á otros usos, los ministros del altar deben estar separados de las costumbres de los demas fieles; y que serian peores que estos, siempre que no fuesen mucho mejores; pues en este caso serian notados de una infame ingratitud por no corresponder á la excelencia de su vocacion. No, católicos, la iglesia en sus primeros siglos no tuvo el dolor de ver las piedras del santuario esparcidas por las plazas públicas, á los ministros del Altísimo distraídos en los placeres del mundo, á los ángeles de luz transformados en espíritus inmundos, el vino de las vírgenes derramado en el cáliz de la Babilonia, el trigo de los escogidos repartido por una mano infame, ni al Cordero sin mancha entregado á la discrecion de un Asmodeo, y crucificado, por decirlo así, en el seno de la sensualidad. Por el contrario, tuvo el consuelo de ver á sus ministros esparciendo por todas partes el buen olor de las azucenas de la pureza; porque así como la ley solo abria las puertas del santuario á la inocencia, esta era la que conservaba y mantenía en él á los ministros.

Pues si para ocupar en la iglesia un puesto distinguido era necesario que el ministro estuviese adornado de una pública inocencia, ¿qué pureza de costumbres y qué eminente virtud no se pediría al que era elevado á la dignidad de primer diácono! Este era un ministerio que incluía unas obligaciones muy vastas, y exigía una conciencia muy delicada. Á él correspondía como á Samuel manifestar los ungidos del Señor, presidir en la tremenda eleccion de los que habian de tener parte en el santo ministerio, y descubrir las manchas que pudieran hallarse en los ángeles de Dios. Era centinela del obispo para velar sobre la conducta de los levitas, y debía estar dotado de todas aquellas prendas que rara vez se encuentran en un solo hombre. Debía ser sabio, incansable, justo, discreto, prudente en sus consejos, fiel en su testimonio, y tan exacto en sus procedimientos, como cuidadoso de la conducta de los que estaban á su cargo. En una palabra, estaba establecida esta dignidad para ayudar con su ministerio al pontífice, para ser censor y modelo de los que debian serlo de los simples fieles. ¿Cuán difícil no es, católicos, el desempeño de un ministerio en donde hay precision de ser perfecto entre los perfectos, y de contener dentro de los límites de la disciplina á aquellos cuyos defectos

es preciso ocultar, honrando al mismo tiempo su carácter! Si á estos se les tolera condescendiendo con sus flaquezas, se les pierde: y si se les castiga por satisfacer á la justicia, se les irrita; si el respeto debido á su carácter persuade el disimulo, es dar motivo á que se desprecie la autoridad: y si el celo intenta corregirlos, parece que esto es faltar al respeto debido á su profesion.

Á vista de estas dificultades podreis comprender, católicos, cuál seria la santidad de Lorenzo. Pero en donde mas resplandeció la integridad de sus costumbres, fué en la fidelidad con que desempeñó la obligacion en que se hallaba constituido por su ministerio de guardar los caudales de la iglesia y cuidar de la subsistencia de los pobres, especialmente de la de las vírgenes y viudas.

Y á la verdad; ¡á qué peligro no se ve expuesto un jóven levita, cuando por razon de su oficio está precisado á tratar con un sexo en quien la misma virtud suele tener á veces los mas sospechosos encantos! ¡Cuánto es de temer que el trato frecuente é indispensable perturbe la vigilancia y haga ménos exacta la modestia! Pero no, católicos; nuestro santo es superior á todos estos peligros; una prudente caridad regla sus visitas; una sábia circunspeccion gobierna su lengua; una mortificacion continua reprime sus sentidos; una modestia angélica dirige todas sus acciones; y de este modo cierra todas las entradas de su corazon á los venenosos hábitos del espíritu inundo. Se halla en medio de las esposas de Jesucristo y de las viudas de Israel, como un ángel de luz que disipa las impuras tinieblas; sabe mantener su inocencia y su fama; aparta de sí todas las sospechas de pecado; y al tiempo mismo que libra de una fuerte tentacion á aquellas personas á quienes socorre en su miseria, asegura la castidad en sus prójimos sin exponer la suya propia.

Con esta santa vigilancia y con una prudencia superior á su edad, ejerció Lorenzo un ministerio tan delicado, conservando la integridad de su persona y el honor de su carácter. Sabia que la caridad debe ser arreglada y el celo discreto; que el Evangelio nos manda ser tan prudentes como sencillos; que nunca son ociosas las mas escrupulosas diligencias para mantener puro nuestro corazon; y que entre todas las virtudes, ninguna pide mas cuidado para conservarse que la castidad; porque ninguna

está mas expuesta á la malicia de los juicios de los hombres, y á la experiencia de nuestra propia debilidad.

La caridad de san Lorenzo no conoce límites. Si se presenta la ocasion de haber de socorrer á otros pobres mas que los que están á su cargo, sin detenerse en reflexiones, acude á su alivio; enseñándonos que esta gran virtud, que es como el ápice de la perfeccion cristiana, es tambien uno de sus principales distintivos.

El principal objeto de la caridad es el mismo Dios, que es tambien el principio de donde dimana: y aun me atrevo á decir que nuestro amor al prójimo es la prueba mas segura de nuestro amor á Dios; porque la caridad que no puede estar sin accion, nos induce necesariamente á socorrer por todos los medios posibles á nuestros prójimos; y serian falsas nuestras expresiones de amor á Dios, si no nos empleásemos al mismo tiempo en el alivio de los infelices. San Lorenzo no solamente manifestó la eficacia de su amor á Dios en el género de muerte que sufrió por su gloria, sino que nos dió de él las pruebas mas auténticas en todo el curso de su vida por la compasion que manifestó hácia los pobres, y por la generosidad con que los socorrió.

Contemplad á nuestro santo diácono como otro Tobías entre los asirios, empleando el tiempo en obras de misericordia, y sus bienes en socorrer á los menesterosos; buscando á los infelices israelitas en los lugares mas oscuros que les servian ó de velo para ocultar su miseria, ó de asilo contra la persecucion; aprovechándose del silencio de la noche para ocultar sus buenas obras con las sombras de su humildad; juntando el ministerio de apóstol con el de levita; cuidando de confirmar en la fe á aquellos á quienes alivia en sus miserias; disipando santamente los tesoros de la iglesia por enjugar las lágrimas de los afligidos, y siendo tanto mas fiel en su ministerio, quanto es mas inagotable su caridad; exponiéndose al furor de los tiranos por ejercer las funciones de su ministerio, sin temor de ser buscado como depositario de los bienes de la iglesia; despreciando de este modo, no solamente las riquezas temporales, sino tambien una vida tan preciosa como la suya; dispuesto siempre á desprenderse de todo quanto posee, y á entregarse á sí mismo, como el Apóstol, para alivio y salud de los hermanos.

No os parezca, católicos, que Lorenzo sea un ecónomo infiel,

que mirando el campo de la iglesia como una tierra abundante en miel y leche, usurpe la sustancia del pobre por convertirla en su propia sustancia; ó que inficionado con la lepra de Giezi, pretenda hacer de su administracion un empleo mercenario, y valerse de su trabajo para pretexto de su codicia; él es por el contrario un dispensador fiel y prudente á quien la mas perfecta caridad une estrechamente con su Dios, y á quien el amor mas puro hace insensible á todos los intereses que no son de Jesucristo; es un ministro que no desea tener mas recompensa que sus propias fatigas; que sabe que el templo no debe convertirse en casa de negociacion; que solamente desea atesorar para el cielo; que entró en el santuario, no para vivir en él á costa del patrimonio del Señor, sino para poseer en él á Dios como su único patrimonio; y que mirando el estado eclesiástico como un medio para llegar á la perfeccion, ama á los pobres con la mas viva caridad, y á la pobreza con el mas generoso desinterés.

Suspended aquí vuestra atencion, hombres del mundo que me escuchais; vosotros que á vista de un levita tan caritativo, no obstante estaros mandado que no toqueis á los ungidos del Señor, os atreveis á juzgar de sus acciones, vinculando á ellos solos el precepto de la caridad so pretexto de que la modestia de su estado, la santidad de su profesion y la naturaleza de sus bienes, les obligan mas especialmente á mirar á los pobres como hermanos suyos. Sabed que en vuestras invectivas hay mas malicia que fundamento, y que en vano pretendéis justificar vuestros desórdenes con los que advertis ó suponeis en los sagrados ministros. Oid á san Juan Crisóstomo que os dice que vosotros debeis tambien ser prudentes administradores de vuestros bienes, así como deben serlo los eclesiásticos de los tesoros de la iglesia. Tambien tienen los necesitados un derecho á los bienes que á vosotros os sobran; la obligacion de los eclesiásticos en nada disminuye la vuestra. Verdad es que son mas culpados que vosotros si emplean mal las riquezas del santuario; mas no por eso os debeis mirar como inocentes cuando usais mal de las que á vosotros concediera la Providencia. Aprended pues en el ejemplo de san Lorenzo cuánto se opone á las leyes del cristianismo y al espíritu de la caridad, esa indiferencia que manifestais á los pobres. Atended á que en el desprecio que de ellos haceis, no solamente despreciais vuestra

propia carne, sino tambien la persona de Jesucristo, y que al mismo tiempo que es justicia el socorrerlos, es tambien gloria el honrarlos.

Nuestro santo no solamente fué tan caritativo que se despojó de todos sus bienes á favor de los pobres, sino que fué tambien tan humilde, que los respetaba como miembros de su divino Salvador, manifestando en esto aquel espíritu de humildad que es el tercer distintivo de la perfeccion evangélica. Su fe le representaba en los pobres al mismo Jesucristo pobre y humillado, y su estado era para él objeto á la vez de veneracion y de lástima. Todo era comun entre nuestro santo diácono y los pobres de Roma; él sufría sus trabajos y ellos participaban de sus bienes; los hacia tan ricos como él, ó por mejor decir, se hacia pobre como ellos, dándoles en su corazon una preferencia que le obligaba á tributar á sus personas los mismos respetos que ellos rendian á su carácter y á su virtud. ¡Qué edificacion era para los fieles de aquel tiempo ver al santo diácono, á ese hombre tan célebre en el mundo por la fama de su santidad, tan distinguido en la iglesia por su importante ministerio, tan respetado de los pobres por las profusiones de su caridad, postrado ante estos mismos pobres empleando sus puras manos en lavar sus piés, y sus sagrados labios en besarlos con el mismo amor y respeto que si besara los del Salvador! ¡Qué espectáculo tan tierno y tan propio para animar nuestra fe y representarnos la santidad de una religion que condena la soberbia, y quiere que fundemos nuestra gloria en ser fieles imitadores de la humildad de Jesucristo.

A vista de esta humildad no debeis extrañar, señores, que nuestro santo no aspirase á otro orden mas sublime que el de diácono. ¿Cómo era posible que desease mayor elevacion el que solamente apetecia los mayores abatimientos? ¿Cómo habia de querer ser colocado en el número de los presbíteros el que hallaba todas sus delicias á los piés de los pobres? Nuestro siglo vive en el error de pensar que no es temeridad ni ambicion aspirar al sacerdocio, porque esta alta dignidad se ha hecho ménos venerable segun ha llegado á ser mas comun; pero nuestro santo diácono que en todos sus juicios se gobernaba por las luces de la religion y por los principios de su humildad, conocia su grandeza; miraba como un ministerio superior á sus fuerzas la obligacion de ofrecer á Dios el sacrificio del cuerpo y sangre

de Jesucristo; temia que sus manos no fuesen bastante puras para desempeñar el cargo de distribuirle á los fieles; y léjos de estar inficionado con el vicio de Coré, se miraba como sobradamente ensalzado por hallarse en el orden de los levitas.

Tal fué, señores, la eminente santidad de vuestro insigne protector, á quien debéis mirar como modelo de vuestras acciones. En la integridad de sus costumbres, en la extension de su caridad y en su humildad profunda teneis un ejemplo muy poderoso para instruiros y animaros. Nuestro santo por medio de sus virtudes fué gloria del órden levítico. Vosotros para conseguir la perfeccion de vuestro estado debéis imitar su ejemplo y seguir sus pasos. No solamente los eclesiásticos, sino tambien todos los cristianos tienen en san Lorenzo un ejemplar de virtudes y un severo censor de los vicios. No solamente debemos considerarle como un levita casto, mortificado, caritativo, modesto, desinteresado y humilde, sino tambien como un cristiano insensible á los placeres de los sentidos, á los atractivos de las riquezas y á los movimientos de la vanidad. Contemplad la oposicion que se advierte entre vuestras costumbres y este perfecto modelo. Vosotros parece que abandonais la santidad cristiana para los eclesiásticos. Para estos, segun vuestro dictámen, no hay virtud que no sea demasiado severa, ni falta que admita excusa; mirais sus mas leves defectos como gravísimos delitos, y disfrazais vuestros mas execrables excesos con nombres honrosos. Al libertinaje llamais política; á la avaricia prudencia; y á la ambicion grandeza de alma. Sois inexorables con aquellos desgraciados eclesiásticos que caen por su flaqueza en alguna culpa, y no reparais en las sublimes virtudes de muchos individuos del mismo estado; y algunas veces recordais con infame hipocresía la primera edad de la religion, en la que no se veían en el santuario sino vasos de oro. Ponderais la santidad de los antiguos ministros de la iglesia para compararlos maliciosamente con los de nuestros dias. ¿Pero por qué no llorais tambien el desórden de vuestras costumbres, que es la verdadera causa de la relajacion de la disciplina? Ah Dios mio! ¿Que no veamos renovarse aquellos felices tiempos en que la iglesia no sufria ni indignos ministros ni malos cristianos! De este modo nos costaria ménos trabajo el ser perfectos en medio de un pueblo santo, que permanecer santos en medio de un pueblo corrompido! Volved vuestras censuras, católicos

oyentes, contra vosotros mismos; estudiad en el ejemplo de san Lorenzo las obligaciones de un verdadero cristiano: y confusos al ver lo distantes que hasta ahora habeis vivido de la santidad de nuestra religion, procurad hacer los mayores esfuerzos para llegar á ella; y para mas alentar vuestro fervor, os manifestaré que nuestro santo sirvió de prueba á la verdad de nuestra religion por la firmeza de su fe, la cual le dió una completa victoria contra sus perseguidores.

#### SEGUNDA REFLEXION.

Para conocer el distintivo de verdad que reina en la religion cristiana, basta representarnos las reglas que señala á las costumbres, y las ideas que forma de la Divinidad. Sola esta religion nos enseña á vivir de un modo digno del hombre y á pensar dignamente de Dios; y por consiguiente sola ella nos guia á la verdadera sabiduría y á la verdadera felicidad. Pero no obstante ser tan sublime por su perfeccion moral y por la grandeza de sus misterios, me atrevo á decir que no hay cosa mas propia para alentar nuestra fe que la constancia y multitud de sus mártires: y para confundir á la incredulidad, no hay voz mas elocuente que la de su sangre. Reflexionemos atentamente esta prueba de nuestra religion, que no es ajena del presente discurso, y sí por el contrario muy necesaria, atendida la corrupcion de nuestro siglo.

¿A qué podria atribuirse, señores, la constancia de tantos cristianos en medio de los mas crueles tormentos? ¿Seria acaso efecto de las preocupaciones de la educacion? No por cierto: porque criados la mayor parte de ellos en el seno del paganismo, abandonaban contra todos sus principios una supersticion floreciente que era la religion dominante, por abrazar una nueva doctrina que era el escándalo del mundo. ¿Seria efecto del poder y de la autoridad de los jefes de esta religion? No: pues no tenian otro objeto de su adoracion que un Dios crucificado, ni mas predicadores de su fe que unos hombres despreciables en el mundo por su pobreza y ministerio. ¿Seria el deseo de vana gloria? Mas ¿á qué gloria habian de aspirar unos hombres que vivian desconocidos del mundo, ó que si este los conocia era únicamente para calumniarlos, obligándolos á buscar su seguridad en las tinieblas ó á perder su honor y su vida